

Reseñas

WIEDEMANN, Thomas-DOWDEN, Ken (eds.), *Sleep*, Nottingham Classical Literature Studies (NCLS), volume 8. Levante Editori, Bari, XVIII+178 págs.

Con el mismo título con el que Gay Gaer **Luce** y Julius **Segal** divulgaron en 1967 (London, William Heinemann) los últimos descubrimientos científicos sobre el sueño, como era entonces la fase REM (*Rapid Eye Movement*), los editores reúnen en este volumen las siete ponencias que en el simposio sobre el «sueño» se pronunciaron en la Universidad de Birmingham a finales de mayo de 1999. En una jugosa introducción **Thomas Weidemann** (†) justifica la elección del tema por la penuria de estudios sobre el sueño (*sleep*) en la Antigüedad, frente a los muy abundantes sobre los ensueños (*dreams*) y propone unas cuantas líneas de ulterior investigación sobre la materia. Abre el libro la ponencia de **Jacob Empson**, investigador honorario del Departamento de Psicología Clínica de la Universidad de Hall, intitulada «The Psychology of Sleep» (pp. 1-24), que ofrece una interesante síntesis sobre los resultados de las últimas investigaciones clínicas sobre el sueño realizadas mediante la aplicación a los dormidos del electroencefalógrafo (EEG), electrooculógrafo (EOG) y electromiógrafo. Gracias a estos modernos aparatos se han efectuado medidas psicofisiológicas, según las reacciones del cerebro, de los ojos, o de los músculos a los estímulos eléctricos, las cuales han permitido establecer cuatro estadios de sueño profundo en el que se producen ondas cerebrales lentas (SWS, *Slow Wave Sleep*) y un estadio de sueño REM, caracterizado por el movimiento rápido de los ojos, al que se asocian las fantasías somniales. El autor se ocupa de la relación de los ritmos biológicos diarios con el sueño (*circadian rhythms*), y de las alteraciones que en el sueño produce el cambio de las estaciones (*infradian rhythms*). Hace notar que, aunque en forma atenuada, existen percepciones auditivas durante el sueño, pero rechaza la posibilidad de que con ellas pueda el dormido aprender (la célebre hipnopedía imaginada por Aldous Huxley en su novela *Brave New World*). Admite, en cambio, la teoría de la consolidación de la memoria durante el reposo somnial. Pasa revista a los comportamientos del dormido, tales como hablar, gemir, llorar o reír, y el sonambulismo, para ocuparse finalmente del umbral del despertar. Para un filólogo clásico es ésta la parte del libro que le puede resultar más novedosa.

Philip J. Van der Eijk, profesor de griego en la Universidad de Newcastle upon Tyne y conocido especialista en Aristóteles, es el autor del capítulo segundo «Aristotle on Cognition in Sleep» (pp. 25-40), donde se ocupa de una aparente contradicción del filósofo. En el *De somno et vigilia* caracteriza al sueño como ἀδυναμία τοῦ ἐνεργεῖν (454 b 5, 458 a 29), como δεσμός καὶ ἀκίνησις (454 b 10), como ἀργία, ἀδυναμία (453 b 3 ss.) y en el *De insomniis* (458 b 5-10) afirma que los ensueños no pueden proceder de una actividad de los sentidos, porque durante el reposo somnial no hay percepción. Pero un poco más adelante afirma en el mismo opúsculo que la vista y los sentidos pueden verse de algún modo afectados mientras dicho estado dura. Aristóteles resuelve la dificultad admitiendo que en la vigilia los estímulos débiles que llegan a los sentidos pasan inadvertidos porque son superados por los estímulos fuertes. En cambio, durante el sueño los estímulos débiles se activan de algún modo y emergen a la superficie (ἐπιπολάζουσιν). Ahora bien, esto implica que el sueño y la vigilia no son opuestos absolutos, sino que cuando uno de ellos está presente 'without qualification'

(ἀπλῶς), el otro puede estar también presente 'in a certain way' (πιη). El autor (p. 33) apunta a la modernidad de este punto de vista, porque reconoce que el sueño puede dividirse en diferentes estadios. Las mayores dificultades surgen cuando se trata de conciliar esto con la doctrina del *De divinatione per somnum*, donde se plantea: (a) qué relación de causa hay entre el sueño y el suceso en él previsto; (b) qué tipos de eventos se prevén durante el reposo somnial; (c) qué clase de personas son las que prevén el futuro en sueños. Para (a) supone que el ensueño puede ser, ora una señal (σημεῖον) del suceso, porque está producido por los mismos factores que éste, ora su causa (αἴτιον), ora una mera coincidencia (σύμπτωμα). Con todo, al argumentar así, se enfrenta a ciertas dificultades, porque los ejemplos que pone no reúnen los requisitos necesarios para ser tenidos por 'ensueños'. Para resolverla de algún modo, Van der Eijk supone que Aristóteles emplea el término ἐνύπνιον en el sentido más amplio de 'lo que está en el sueño', o que la dificultad dimana de la llamada por Charles Kahn 'índole progresiva de la exposición', que le hace a Aristóteles discutir y resolver las dificultades *in situ*, conforme éstas van surgiendo.

El tercer capítulo «Philo of Alexandria on Sleep» (pp. 41-52), corre a cargo de **Sofía Torallas Tovar**, investigadora contratada del C.S.I.C. de Madrid y especialista en la materia, que encuentra en Filón tres tipos de sueño y tres tipos de vigilia. Junto al dormir y estar despiertos como estadios naturales de la vida, hay en él una concepción negativa y positiva de ambas fases. El sueño del alma representa la vigilia del cuerpo y el despertar del alma el sueño del cuerpo. Algo parecido ocurre con el 'éxtasis' que puede dividirse en cuatro tipos. El primero, como 'estar fuera de sí', equivalente a la locura o la embriaguez, tiene un correlato en el sueño en su concepción negativa. El tercero ('éxtasis de Adán') es un trance somnial, y el cuarto ('éxtasis profético') puede compararse con el sueño como despertar del alma. El segundo tipo, en cambio, el éxtasis como 'astonishment', no tiene paralelo en el sueño.

Al investigador de Historia de la Filosofía y de la Medicina en la Universidad de Milán, **Roberto Polito**, se debe el tercer capítulo «Sextus on Heraclitus on Sleep» (pp. 53-70). Sexto Empírico, *Adversus mathematicos* (VII 46-261) se ocupa del criterio de la verdad y sostiene que Heráclito rechaza la percepción sensorial y acepta la razón (λόγος) como criterio de la verdad, pero esta razón que invoca no es la humana e individual, sino la común y divina (κοινὸς καὶ θεῖος λόγος). Esto que «sounds prima facie odd», no lo es tanto si se tiene en cuenta que Sexto Empírico identifica esa razón con τὸ περιέχον, con 'lo que nos rodea', es decir, con la substancia que envuelve el universo, que considera 'racional e inteligente'. El hombre gracias a la respiración participa en ella y cuando está despierto tiene acceso a 'lo que se muestra a todos en común' (τὸ κοινῇ πᾶσι φαινόμενον) y por consiguiente a la verdad. En 129-131 explica que con la respiración extraemos τὸν θεῖον λόγον y nos hacemos inteligentes, un aserto que se tiende a considerar como una interpretación estoica de la doctrina propiamente heraclitea. Pero, sigue Sexto diciendo, durante el sueño nuestra mente interrumpe su contacto con τὸ περιέχον, por que se cierran los αἰσθητικοὶ πόροι o canales sensoriales, quedando tan sólo la respiración. Al despertar, dichos canales de nuevo entran en contacto con τὸ περιέχον y la mente recupera la λογικὴ δύναμις.

En este proceso los αἰσθητικοὶ πόροι desempeñan un papel esencial, como se ha visto. Ahora bien, los estoicos jamás recurren a ese término para explicar la conexión psicósomá-

tica, porque para ellos el alma es coextensiva al cuerpo en 'fusión total'. Más aún, Calcidio en su comentario al *Timeo* (*vide infra*), lejos de creer que el sueño implique la separación de nuestra razón del λόγος cósmico, sostiene precisamente lo contrario, que gracias a su unión inseparable con éste puede predecir el futuro. Por el contrario, el sintagma αἰσθητικοὶ πόροι aparece en un médico, Enesidemo (s. III a.C.), en Estratón (s. I a. C.), asimismo médico, y en Galeno. Puede igualmente reconocerse en las *viae sensuales* de Celio Aureliano, un médico también del s. VI-VII d. C. Que aparezca en Estratón tiene su importancia, según Polito, ya que en Alejandría se descubrieron anatómicamente los nervios, y la expresión citada es la terminología técnica empleada para designar los nervios sensoriales, concebidos como canales a través de los cuales circulan las αἰσθητικαὶ δυνάμεις o el αἰσθητικὸν πνεῦμα que desde el cerebro van al resto del cuerpo. Pero todo esto implica identificar la razón con la sensación (p. 68) y el significado 'sensualista' de τὸ περιέχον se confirma con otro pasaje de Sexto Empírico (VIII 8) en el que se atribuye a Enesidemo sostener, siguiendo a Heráclito, que son verdaderas 'las cosas que se muestran en común a todos' (τὰ κοινῶς πᾶσι φαινόμενα). Se impone, por tanto, reconocer que junto a una fuente estoica Sexto Empírico manejó otra de carácter materialista o bien una que mezclase ambas interpretaciones del filósofo presocrático.

Emma J. Stafford es autora del capítulo quinto, «Brother, Son, Friend and Healer: Sleep the God» (pp. 71-106), que se ocupa de la evolución de la figura de Hypnos, personificación del sueño, en la mitología y en las creencias religiosas, haciendo un amplio uso de la documentación iconográfica. Hijo de la Noche en Homero y Hesíodo, aparece unido y contrapuesto a su hermano Thánatos, la Muerte. Las representaciones cerámicas los muestran trasladando el cadáver de Sarpedón a Licia, o ayudando a Heracles a matar al gigante Alcioneo. Ya desde Homero también Hypnos se asocia a Eros y las pinturas de los vasos lo representan interviniendo en el abandono de Ariadna dormida en Naxos, o conduciendo con una larga vara a Leda al encuentro con el cisne, metamorfosis de Zeus. En Esparta, en Trezén, en Sición está atestiguado un culto a Hypnos en asociación con las Musas y con Asclepio. Testimonio literario de su función mitigadora del dolor es el himno de *Filoctetes* (vv. 828-32) de Sófocles, de quien se sabe que introdujo el culto de Asclepio en Atenas. Gracias al rito de la *incubatio* se generaliza la vinculación de Hypnos con el dios curador de la época helenística y romana. Una inscripción de Riez en Provenza atestigua, por ejemplo, la dedicación de una estatua de Somnus a Aesculapius. En fin, concluye la autora (p. 98), pese a ser hermano de Thánatos «he is also friend and healer of the living».

El Profesor de Classics de la Universidad de Birmingham, **Andrew Barker**, a cuyo cargo corre el capítulo 6 «Lullaby for an eagle (Pindar, *Pythian* 1)» (pp. 109-124) hace un bello comentario literario sobre la *Pítica* 1 de Píndaro que, en palabras del autor (p. 123), no es sino «an exploration of resonances and interweavings, in which the sight-seeing is more important than journey's end». Para el tema general del simposio lo más relevante es el rastreo que hace de «the adventures of the special word κῶμα» (*ibid.*). En *Il.* XIV 358 y *Od.* XVIII 200 aparece unido al adjetivo μαλακόν y en el primer caso se refiere al profundo sueño que el propio Hypnos derrama sobre Zeus después de hacer el amor con Hera y en el segundo al dulce sueño en que Atenea sume a Penélope. En el *óstrakon* sáfico se dice que del

rumor de las hojas de los árboles del bosque de Afrodita cae un κῶμα. En todos estos casos se trata de un sueño mágico, dulce y profundo, de efectos beneficiosos. La antítesis la procura un pasaje de Hesíodo (*Theog.* 775-806), donde se afirma que el castigo reservado a los dioses inmortales que juran en falso, haciendo una libación con agua de la Éstige, es el quedar sumidos en un κακὸν κῶμα que les priva de la respiración. Los médicos desde Hipp. *Epid.* III 6 se encuentran con un término que emplean en el sentido técnico que ahora tiene.

Al ingenio del que fuera catedrático de latín de la Universidad de Nottingham, **Thomas Wiedemann**, se debe el capítulo siguiente «The Roman Siesta» (pp. 125-139). Con amplia documentación de diferentes épocas, desde la arcaica a finales de la Antigüedad, demuestra que los romanos no fueron ajenos, especialmente en la canícula, a costumbre tan mediterránea como la de echar la siesta después del mediodía, la llamada *quies*, frente al *somnus* nocturno. Así lo prueban ciertos pasajes plautinos del *Pseudolus*, *Rudens*, *Mostellaria* y *Amphitryo*, la organización temporal del *De oratore* ciceroniano, el testimonio de historiadores como Livio, César, Suetonio, la *Historia Augusta*, de epistológrafos como Plinio el Joven, y hasta ciertos capítulos de las reglas monásticas, entre ellas las de San Benito y la *Regula Magistri*, que en verano permiten a los monjes retirarse a descansar al mediodía. A lo largo de las amenas páginas de este trabajo, que se hace corto, el lector se va enterando de detalles tan curiosos como que Vespasiano, que solía madrugar y trabajar de noche, no se perdía su buena siesta aunque —eso sí— acompañado de una de sus concubinas, o de que Gordiano era tan dormilón *ut in tricliniis, si forte apud amicos ederet, etiam sine pudore dormitaret*. Con todo, se estimaba propio de la *temperantia* del emperador el saber controlar el sueño como Trajano o Marco Aurelio. Aun así, concluye el autor humorísticamente, «the right to a siesta was as much the mark of a citizen as was the right to wear a toga or make a will» (p. 139).

De **Ken Dowden** es la sexta y última parte del volumen «The value of sleep: Homer, Plinies, Posidonius & Proclus» (pp. 141-164), en la que se examina el valor simbólico del sueño desde el epos homérico al platonismo tardío. En los poemas homéricos vigilia/sueño aparecen en una oposición polar en la que el término positivo es la vigilia propia del βουλευφόρος ἀνὴρ que vela por su pueblo. Pero a la vez el sueño es un fenómeno universal que afecta por igual a animales, hombres y dioses. Incluso el μητιέτα Zeus se rinde a su poder: el sueño es πανδαμάτωρ. Esta observación conduce a que tanto la medicina hipocrática, como Aristóteles, puedan considerarlo como un fenómeno natural que se substraer a las valoraciones éticas. Con todo, Platón en *Las Leyes* retoma la estimación ética de la ἀγρυπνία del gobernante. Los guardianes de su estado ideal son como perros insomnes que velan por la ciudad, mientras los demás duermen. Los historiadores tampoco son ajenos al tópic. Las grandes figuras como Temístocles, Nicías, Demóstenes, Alejandro Magno, meditan por la noche su estrategia militar y política, o preparan sus discursos. Los autores latinos siguen en la misma línea y crean el verbo *lucubrare*, que etimológicamente significa 'trabajar de noche a la luz de un *lucubrum* o candil'. Cicerón, Varrón, Plinio el Viejo son buenos ejemplos de estudiosos 'lucubrant'. Vespasiano, Marco Aurelio y Juliano, de emperadores que empleaban las noches para 'velar' por el bien de sus súbditos. De este último dice Ammiano Mar-

celino (XVI 5, 4) que repartía el tiempo nocturno entre el descanso, los asuntos públicos y el estudio.

Frente a esta valoración social y ética del sueño hay otra más profunda de índole filosófica. Dowden retorna al fr. 1 de Heráclito transmitido por Sexto Empírico (*Adv. math.* VII 129-34) al que da una interpretación algo diferente de la de Polito. Acepta que Sexto, interesado por buscar un criterio de la verdad válido para todos, lo encuentra en la percepción sensorial como condición previa para las operaciones de la razón. Pero, si la razón y los sentidos son dos vías de acceso a la verdad, cabe preguntarse si el *logos* puede operar independientemente cuando cesa la actividad de los sentidos. Dowden cree que la relación entre la razón y el sueño que se podría esperar de la terminología empleada por Sexto es la que se encuentra en el pasaje de Calcidio, aludido precisamente por Polito (*Comm. In Plat. Tim. ch.* 251, p. 260W.). Heráclito conecta la razón humana con la divina, y así, cuando está fuera del uso de los sentidos en el sueño, se da cuenta del ordenamiento racional del universo (*decretum rationabile*) y predice el futuro. Y esto conduce a la consideración del simbolismo del «despertar de un sueño profundo», que se extiende a la mitología (el despertar de los dormidos por Hermes en *Od.* XXIV 4, el de Psyche por Cupido, el de Ariadna dormida en Naxos por Dioniso) y el ritual (la llamada al despertar del *Corpus Hermeticum*, el «Canto de la Perla» de las *Actas de Tomás*). El punto de partida es el *Fedro* platónico, donde el amor reaviva la memoria de la visión de las ideas, pero un pasaje del *Amatorius* de Plutarco (765 a), donde se compara la relación del amor respecto del alma con la del iniciando y el *mystagógos*, le hace pensar a Dowden que el origen del simbolismo del despertar del alma de un profundo sueño para alcanzar la salvación tal vez se encuentre en los ritos de los misterios. La intertextualidad entre el tópico literario y el ritual muy bien podría ser la 'fuente perdida de energía' para los autores que desde Filón en adelante desarrollaron el motivo del sueño del alma.

Pocas obras como ésta abonan el *dictum* calimaqueo de μέγα βιβλίον, μέγα κακόν. Su volumen es corto, pero su contenido es tan denso, que para darlo a conocer en sus líneas generales, se han hecho precisas estas páginas. Cabría hacer algunas observaciones de detalle. Por ejemplo, a **Emma Stafford** cabría objetarle que emplee el término *eidolon* para explicar la fig. 2 y no el de 'alma alada' (*Seelenvogel*). Recuérdese que Aristóteles denomina ψυχή a la mariposa o individuo adulto que abandona la crisálida (llamada también νεκύδαλλος, derivado de νέκυς) en forma alada. A **Andrew Barker** se le podría reprochar no haber tocado, al referirse al κῶμα de los dioses, el tema plutarquiano de Kronos dormido. Aunque esto, como puede fácilmente apreciarse, no es ninguna crítica. La impresión del volumen es sobria, pero correcta. Se han escapado, no obstante, algunas erratas fácilmente subsanables: *extremem* por *extremum* (p. 127), *summo* por *summa* (*ibid.* nota 6). Una extensa bibliografía, un *index fontium*, y un *index nominum et rerum* realzan el valor y facilitan la consulta de esta excelente obra. Nuestra sincera felicitación a la serie de NCLS por su ἀγρυπνία en dar cabida en ella a este espléndido *Sleep*.

Luis GIL
Universidad Complutense

Ilario RUOCO, *Il Platone latino. Il Parmenide: Giorgio di Trebisonda e il cardinale Cusano*, Accademia Toscana di Scienze e Lettere «La Colombaria», «Studi» CCIII, Firenze, Leo S. Olschki, 2003.

Se incluye este trabajo dentro del proyecto de Francesco Adorno, Presidente de La Colombaria, de publicar en su totalidad el *Plato Latinus* de los humanistas (cf. p. 34). Como su título indica, se trata de la edición, precedida de diez pequeños estudios y seguida de un aparato crítico y de un apéndice, de la versión latina hasta ahora inédita del *Parménides* platónico que terminó en 1459 Jorge de Trebisonda cumpliendo un encargo del cardenal Niccolò Cusano. Se encuentra manuscrita en un códice cartáceo misceláneo, el Volaterranus 6201 (hojas 61 r- 86 v.), que contiene el *Xenophontis Oeconomicus* (hojas 1 r- 16 v) en traducción de Lampugnino Birago; el libro I de los *Dionisii Alicarnassei Romanorum Origines* (hojas 16 v- 36 v) en traducción también del mismo humanista, dedicada como la anterior al papa Niccolò V; la *Plutarchi Vita Demetrii* (hojas 38 r- 58 v) en versión de Donato Acciaiuoli, con dedicatoria a Pietro Medici; y el *Parménides*, que se encuadernó con las obras citadas en época posterior. En su texto hay numerosas correcciones interlineares y glosas marginales, algunas del copista y otras procedentes de dos o más manos, entre ellas las de Niccolò Cusano y Juan Besarión.

En un primer apartado («Giorgio di Trebisonda e il cardinale Cusano», pp. 1-7») Ruoco ofrece una pequeña biografía de Jorge de Trebisonda, desde su nacimiento en Creta (1395), su llegada a Venecia (1416) invitado por Francesco Barbaro y su empleo como *scriptor* en la curia romana (1443). Brevemente pasa revista tanto a las polémicas del cretense con Lorenzo Valla, Besarión y Poggio Bracciolini, como a sus relaciones con Alfonso el Magnánimo y los papas Callisto III (Alfonso Borja) y Pío II. Explica luego («2. Niccolò Cusano e il Parmenide», pp. 7-9) el interés del cardenal Cusano por hacerse con una traducción completa de este diálogo de Platón, aunque le extraña que se la encomendara a un decidido aristotélico como Jorge de Trebisonda. Hasta entonces sólo se había trasladado al latín la parte del diálogo contenida en el *Comentario al Parménides* de Proclo, cuya versión había realizado el dominico Guillermo de Moerbeke entre el 1280 y el 1286. La de Jorge de Trebisonda, la primera que se hizo de la totalidad del diálogo con cinco años de antelación a la de Marsilio Ficino, permaneció inédita y sólo se conserva en el mencionado códice Volaterrano.

Discute Ruoco las circunstancias y el momento en que se realizó la versión («3. La datazione e le circostanze dell'opera», pp. 9-14), teniendo a la vista la biografía del humanista (*George of Trebisond*, Leiden, 1976) y la documentación con él relacionada (*Collectanea Trapezuntiana*, New York, 1984) que publicó J. Monfasani. Sobre esa base la sitúa en un margen temporal comprendido entre enero y septiembre de 1459. El apartado cuarto se ocupa de «Il codice Volaterranus 6201 e le sue vicende, pp. 14-20», que en lo fundamental ya se ha resumido arriba, y el quinto de «I principi del vertere secondo Giorgio, pp. 20-21». Rebase este apartado el campo acotado del *Parménides* latino, pues Jorge de Trebisonda expone sus criterios sobre la manera de traducir en los prólogos de otras obras suyas. Por ejemplo, en la *Protectio problematum Aristotelis* (ca. 1456) donde dice: *hanc igitur regulam in traducendo tenendam studiosis putamus, ut graviora difficilioraque ad verbum de verbo pene red-*

dant, historica et facilia latius angustiusve, sicuti iudicabunt, complectantur (III 327 ed. L. Mohler). En el prólogo de su versión del *De corona* demosténico de modo parecido afirma: *non enim unus modus in traducendo est, sed pro rerum subjectarum varietate varius atque diversus* (*Collectanea Trapezuntiana*, p. 94). Así, de un discurso hay que reproducir no sólo los conceptos, sino el ritmo y las figuras; en las obras científicas, en cambio, lo importante es la fidelidad de la expresión técnica, mientras que en las históricas cabe amplificar o abreviar lo estimado oportuno por el traductor.

Lo más notable de la prefación del *Parménides* («6. La prefazione», pp. 21-23) es la postura ecléctica adoptada por el humanista cretense para calificar este diálogo. Hay que tener en cuenta que en época helenística se estimó que versaba sobre lógica, y de ahí el subtítulo *περὶ ἰδεῶν*, mientras que el neoplatonismo lo consideró como obra teológica, entendiendo que versaba sobre el Uno. Dando la razón a unos y otros Jorge de Trebisonda inicia su prólogo diciendo: *Traduxi his diebus, pater optime, de Greco in Latinum Platonis Parmenidem vel de ideis. Hac enim duplici librum ipse inscriptione insignivit. Pero acto seguido se corrige añadiendo: De ideis vero inscripsit, non quod aperte totus liber de ideis esse videatur, sed quia mea quidem sententia, cum de Uno maxime agatur, de idea Unius agi ambigendum non est.*

Los cuatro apartados siguientes y el apéndice se dedican al estudio de la versión latina del *Parménides*. Tratan los primeros de averiguar la tradición textual a la que pertenecía el ejemplar griego manejado por el traductor («7. Il testo greco», pp. 23-27); a dilucidar su dependencia o independencia de la versión parcial anterior («8. Il rapporto con la traduzione di Guglielmo di Moerbeke», pp. 27-29); a plantearse su relación con la de Marsilio Ficino («9. Il rapporto con la traduzione di Marsilio Ficino», pp. 29-32), y a señalar algunas características de la versión («10. Alcuni caratteri della versione», 32-34). El apéndice se ocupa de las glosas («Le glosse dei lettori», pp. 95-99). Respecto a lo primero, se ha de decir que las colaciones realizadas por Ruocco no le han permitido situar el modelo griego dentro de ninguna de las grandes familias textuales de la tradición manuscrita de Platón. En cambio, llega a la firme conclusión de que la versión de Jorge de Trebisonda es independiente de la de Guillermo de Moerbeke (p. 27), y que la de Marsilio Ficino también lo es con respecto a la de su predecesor (en ella sólo figura uno de los dieciséis errores existentes en el texto empleado por Jorge de Trebisonda), Ruocco menciona la frecuente omisión de las expresiones afirmativas del tipo *ἔοικε, φαίνεται, πῶς δ' οὐ*; la versión de *κινδυνεύει* por «es evidente», «es probable», y la de *γεγονέναι, γεγονός* por *factum esse, factum*. Entre los errores, figura la confusión de *τεκμήριον* con *vestigium*, y la interpretación de *λόγοι* en sentido retórico (*ἡ ὀρμηὶ ἦν σὺ ὀρμᾶς ἐπὶ τοὺς λόγους, appetitio tua qua eloquentiam appetis*).

El *Prooemium* (pp. 35-36) y la versión latina del *Parménides* se editan, como ya es habitual en los textos renacentistas, manteniendo la ortografía latina propia de la época, relegándose las correcciones al aparato crítico. En éste figuran sólo los renglones, para lo cual ha sido preciso numerarlos de cinco en cinco, una concesión práctica a la moderna tecnologización de la escritura con ordenador. Al menos, se debiera haber tenido la cortesía de poner los números de las páginas pares en el margen derecho externo para comodidad del lector. El texto latino (pp. 37-84) del diálogo se edita con la numeración de Estéfano entre

corchetes cuadrados y en negrita, a fin de que el lector pueda remitirse en cualquier momento al original griego. En el aparato crítico figuran las correcciones de Juan Besarión, de Niccolò Cusano y las de autor desconocido, respectivamente con las siglas b, c, y x. Las glosas marginales más amplias, las de Cusano y sobre todo las de Besarión, se publican aparte en el Apéndice. En una palabra, todo es pulcro, bien organizado y escueto en este modélico trabajo que reúne todas las cualidades exigidas por Teofrasto en un discurso, aparte del Ἑλληνισμός o correcta expresión, la σαφήνεια, el πρέπον, y la κατασκευή.

Luis GIL
Universidad Complutense

Alfonso DE PETRIS, *Prometeo: un mito*. Academia Toscana di Scienze e Lettere «La Colombaria», «Studi» CCIX. Firenze, Leo S. Olschki editore, 2003, 147 págs.

Para enjuiciar debidamente este trabajo es menester tener presente su propia índole, su forma de enfocar los materiales, y su peculiar estilo. Con respecto a lo primero, debe observarse que se trata de una compilación de seis artículos ya publicados relacionados con la figura de Prometeo, menos el que aparece como capítulo segundo, cuyo título actual es «Sul *logos* in Isocrate. Del retore e del sovrano» (pp.31-42), que tiene muy poco que ver con el Titán del mito, ya que se centra en el análisis de *Antídosis*, 253-57 y *Ad Nicoclem*, 253-257. El autor, aunque reconoce que en esta segunda obra no se percibe «un riferimento o sotteso aggancio a Prometeo od al simbolismo del suo mito» (p. 35), se ve forzado a descubrirlo en la primera, y a presuponer que el *Logos*, personificado como el creador y fautor de la civilización humana, reemplaza a Prometeo. Y así, estima que con Isócrates se completa la parábola del mito prometeico. La prosa racional del orador sustituye el magisterio del poeta-profeta. Un malabarismo originado por no romper la unidad temática del libro.

En cuanto al punto de vista desde el que se contemplan, analizan y valoran los datos del mito, De Petris declara en la «Premesa» (pp. 7-10) que su monografía consta de una serie de reflexiones «in chiave personale ed in via parziale» sobre «la valenza culturale che si collega all' esemplarismo prototipico» de la figura del Titán, pero siempre presididas por un criterio de fidelidad a los textos de los *auctores*. El lector queda avisado de que no tiene ante sí un estudio filológico o histórico, sino un ensayo de filosofía del mito sobre una base filológica, realizado, en palabras del autor, desde «una prospettiva filosofico-letteraria oltre che storico-culturale» (p.119), lo que, si le permite ciertas libertades (arriba se ha señalado una), también le impide perderse en divagaciones haciendo caso omiso de los textos. Y se ha de reconocer que De Petris es sincero.

Viene ahora la cuestión más delicada y sobre la que menos autorizado está quien esto escribe para opinar: la clave lingüística elegida por el autor. Con un cierto pudor me atreveré a decir que para mí es evidente que pretende elevarse a un cierto nivel de abstracción, como sugiere su empleo abusivo de abstractos en '-tà' formados sobre adjetivos: v. gr. 'insecurabilità', 'emblematicità', 'inequivocabilità', 'significatività', 'copiosità', 'attendibilità' etc. Pero, aparte de esto, me da la impresión de que escribe con voluntad de estilo. Al

menos, invitan a suponerlo ciertas constantes de su escritura: el rebuscamiento del léxico ('saviezza', 'esito'); los neologismos ('staticizzati'); la abundante adjetivación; la tendencia a la manera demosténica o ciceroniana de matizar una idea con dos palabras («si proclama e declama», «alcuni capisoldi e punti base», «sì scultorea plasticità che vigorosa icasticità»); los numerosos incisivos y las atrevidas metáforas («penetrante scandaglio nei meandri più riposti dell' animo»). Todo ello muy alejado del πεζὸς λόγος en que más llanamente suelen expresarse los filólogos y los historiadores.

Dicho esto, se puede pasar al examen del contenido de esta obra. El capítulo primero, «Prometeo nel *Protagora* e in «altri» luoghi platonici» (pp. 11-29), tras aludir a la pesimista interpretación hesiodea del mito como explicación del origen de los males que afligen a la humanidad, y a su imagen trágica en Esquilo que enfrenta al hombre a la injusticia de los dioses, se ocupa del conocido pasaje del *Protágoras* y de otros lugares platónicos (*Men.* 237 d-e, 238 a-b, *Phil.* 16 c, *Pol.* 274 c-e, *Ep.* II, 311 b y *Gorg.* 523 d-e) donde aparece la figura de Prometeo. El autor, un tanto precipitadamente, afirma que «Protágora, per primo, trasformò il Prometeo del mito nel logos dei retori» (p. 14), pues conserva el mito en el plano alegórico, pero explica racionalmente el progreso humano sobre la doble base de la inventiva y la laboriosidad humanas. Pero el Protágoras que Platón presenta, no es el sofista en persona, sino una ficción literaria suya. De Petris se abstiene de comentar lo que a mi juicio es la parte más pregnante del relato, a saber, la creación del orden cívico por Zeus mediante el reparto equitativo de αἰδώς y de δίκη en el género humano. También a juicio mío, sin que haya una firme base para sustentar su aserto, estima que Platón acerca tácitamente la figura de Sócrates a la de Prometeo presentándolos como modelo «sul piano dell' esemplarità umana» (p. 21). En cambio, me parece muy interesante el relieve que da a *Gorg.* 523 d-e, donde Prometeo, el 'Previsor', les quita a los hombres por orden de Zeus la posibilidad que tenían de conocer de antemano el momento de su muerte, pero se abstiene de buscarle una explicación, que muy posiblemente puede ser la de obligarles a proyectar constantemente el futuro como si fueran a vivir indefinidamente y a tener, al propio tiempo, apaciguada su conciencia y ordenado todo como si fueran a morir acto seguido.

Del capítulo segundo ya he dicho lo fundamental arriba, así que se puede pasar directamente a considerar los siguientes. El tercero, titulado «Prometeo demitizzato, e la caduta degli dei antichi in Luciano» (pp. 43-61), cuya base textual son *Prometheus es in verbis, Prometheus sive Caucasus, Iuppiter tragoedus*, en realidad es muy poco lo que dice sobre el Titán, focalizada como está su atención en la crítica de los dioses olímpicos. Muy diferente es el caso del capítulo cuarto, «L' esaltazione prometeica dell' uomo nella satira luciana» (pp. 63-82), en el que se profundiza en el análisis del diálogo *Prometheus sive Caucasus*. Frente a Trousson y a quienes opinan como él que Luciano fue el primero en atreverse a transformar en hombre a un dios y a convertirlo en un símbolo de la humanidad, De Petris destaca cómo, al formar Prometeo al hombre de barro a semejanza de los dioses y dotarlo de razón, logró que pudiera elevarse «ad un livello di dignità, eccellenza e grandiosità sino ad allora impensato e impensabile» (p. 66). Más aún, con la creación del hombre les dio a los dioses algo de lo que hasta ese momento carecían, a saber, la conciencia de su propia perfección por contraposición a la imperfección humana. Les benefició asimismo con el culto que los hombres les rinden y con

la ruptura de su rutinario degustar el néctar y la ambrosía que supone la diversión de tener que ocuparse de ellos. Y a cambio de tantos favores, les pregunta el Titán: ¿me habéis crucificado?

El interés de la obra, *in crescendo* desde el capítulo anterior, aumenta en el quinto, «Prometeo in Boccaccio: il 'vir doctus' e 'sapiens'» (pp. 83-111). Si en los *mythographi Latini*, hasta aproximadamente 1500, la figura de Prometeo simboliza la *curiositas fugienda*, que por pretender rebasar los límites humanos recibe el castigo de la divinidad, en las *Genealogie deorum gentilium* IV 44 de Boccaccio se preludian actitudes propias del Renacimiento. Aquí el Titán aparece con una doble naturaleza. Por un lado, en su carácter de ser *qui primus hominem ex limo composuit* representa una alegoría del Dios del Génesis; por otro, es un sabio que, habiéndose encontrado a los hombres *rudes et omnino silvestres et ritu ferarum viventes*, los trasmuta en seres *civiles* como si los hubiera formado de nuevo. A la realidad física de los seres creados por Dios, Prometeo le añade una dimensión cultural al hacerlos *moribus scientia et virtutibus insignes*, un aserto en que se refleja la toma de conciencia *in nuce* de las potencialidades creadoras del hombre como *arbiter sui ipsius, faber fortunae suae* y factor de su propio mundo. A partir de Boccaccio el motivo de Prometeo será «constantemente rievocato» a modo de exaltación del *sapiens* y del *doctus* arquetípico, que promueve la técnica, la cultura y el progreso.

El capítulo sexto, «Monstrum. Il Titano Prometeo, l'uomo prometeico» (pp.113-127) viene a ser una recapitulación de los anteriores. Si en la *Teogonía* de Hesíodo Prometeo, el 'Previsor' aparece contrapuesto al ἀμαρτίνοος Epimeteo, el 'Imprevisor', que al admitir el regalo de Zeus fue el causante de todas las calamidades del ser humano, el *Protágoras* platónico crea el modelo del héroe civilizador, que Isócrates racionaliza en el Logos y simboliza en el hombre provisto de razón Sófocles en el estásimo segundo de la *Antígona*. Del primitivo Titán del mito hay, pues, un desplazamiento al 'hombre prometeico' o al *quidam magnus videlicet vir et sapiens* de Cicerón que, en virtud de la fuerza de su *ratio* y la eficacia de su *oratio*, hizo a los hombres *mites et mansueti*. A través de autores como Luciano y Tertuliano el mito alcanza la Edad Media y llega al Renacimiento por mediación de Boccaccio, convirtiéndose posteriormente en un arquetipo de la cultura europea. Prometeo llamó poderosamente la atención de los poetas, tanto ilustrados (Goethe) como románticos (Byron, Shelley), y conforme a su propio *ethos*? cada época iría descubriendo en su figura el símbolo de la inteligencia, del genio creador, del conocimiento o de la rebeldía del hombre.

El estudio de Alfonso de Petris se completa con un índice de lugares citados, otro onomástico y una extensa bibliografía. Por desgracia, como suele ocurrir con lo escrito en español, no se menciona el estudio de Carlos García Gual, *Prometeo. Mito y tragedia*, Madrid, Hiperión, 1952, cuya consulta le hubiera sido de interés al autor. En el texto, primorosamente impreso, se han escapado algunas erratas de poca monta: la incorrecta separación ἄκο-ύοντες (p. 26), 'mith' (p. 35), Πεπὶ (p. 51), 'cirocoscritta' (p. 116, n. 12), 'Jonhson' (p.120), la νοῦς (p.122). 'Peccata minuta', en suma, que no menguan el alto valor que, aun dentro de su peculiar enfoque, tiene el ensayo de Alfonso De Petris.

Luis GIL
Universidad Complutense

SANTANA HENRÍQUEZ, Germán, *Tradición clásica y Literatura española*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2000, 220 págs.

Como consecuencia del bajón de alumnos que la Filología Clásica ha experimentado en todas las Universidades de España en los últimos años, muchos Profesores de esa licenciatura han volcado sus esfuerzos investigadores en áreas de conocimiento descuidadas en otros tiempos. No es ese el caso del Profesor Germán Santana Henríquez, pues tiene en los planes de estudio de su Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, desde hace ya muchos años, una asignatura titulada precisamente «Tradición clásica y literatura española». No es, pues, el libro que comentamos un título de ocasión, sino uno que responde plenamente a una de las áreas docentes y de investigación de la Universidad en la que ejerce su profesión. La presente monografía reúne trece (hay una errata en el índice, pues se repite el XII cuando debe ser el XIII) estudios que su autor ha realizado y, en algunos casos, publicado durante la década de los noventa, en relación con la influencia de la literatura y mitología, especialmente en cinco géneros literarios: épica, comedia, lírica, historiografía y novela.

Los dos primeros estudios (págs. 11-20 y 21-27) están dedicados al poema épico *Espejo de paciencia*, del canario Silvestre de Balboa, una obra de las postrimerías del siglo XVI, que se considera poema fundacional de la poesía cubana, cuya autoría se debe a un canario errante que nunca volvió a sus islas originarias, circunstancia que se repite en alguna otra ocasión de la literatura canaria. En su poema, terminado hacia 1608, Silvestre insiste en los elementos horacianos y su *mediocritas aurea*, además de los prados, bosques, fuentes, riachuelos y demás parafernalia que conforma el tópico del *locus amoenus*, esta vez referido a la isla de Cuba. Al género teatral, especialmente a la comedia, están dedicados los capítulos 4 (págs. 41-59), 6 (págs. 87-95) y 9 (págs. 131-138), los tres referidos a tirso de Molina, y el 8 (págs. 107-130), dedicado al teatro costumbrista del siglo XIX. De esta extensa producción dramática del barroco Tirso de Molina el Profesor Santana Henríquez constata que no hay obra suya que no contenga algún elemento mítico. Hasta 173 de estos elementos, con un índice de frecuencia desigual, se pueden comprobar en la rica producción dramática del autor español, destacando la temática de la guerra de Troya, Febo Apolo, los dioses del amor (Amor, Cupido y Venus), Marte, Flora, Baco, Ceres, Narciso, Adonis, Hércules/Alcides, Fortuna, Océano y Fénix. El índice de frecuencia de las páginas 60-61 es elocuentemente ilustrativo de todos los personajes míticos en las obras de nuestro dramaturgo. De los monstruos (estudiados en págs. 87-95) son especialmente significativos Argos, Caribdis, Escila, Fineo y arpías. En el caso del teatro costumbrista del siglo XIX los autores estudiados son Agustín Durán, Gil y Zárate, García de Villalta, José Espronceda, José María Díaz y Patricio de la Escosura.

Dos capítulos, el quinto (p. 63-86) y el séptimo (p. 97-105), se consagran al comentario del mito y mundo clásicos en la obra del gran poeta español de la generación del 27 Luis Cernuda, autor, entre otros escritos, de *El poeta y los mitos*. Pero son sus poemas *Lamento de Andrómeda* y *Desolación de la Quimera* los que son objeto de una atención más intensa por parte de Santana Henríquez. También a la lírica dedica el autor el capítulo duodécimo (p. 175-189), en concreto a los poetas del siglo XVIII Álvarez de Toledo, Gerardo Lobo y Verdugo y Castilla, los tres casi desconocidos del gran público, pero muy importantes poetas de la lírica

castellana del siglo XVIII, llenos de resonancias clásicas y referencias mitológicas en toda su obra. El olvido con que la crítica ha tratado a estos líricos de la primera mitad del Siglo de las Luces resulta imperdonable. El tratamiento de la lírica se cierra con el ensayo del capítulo undécimo (p. 163-174) dedicado a la poesía mítica de un modernista canario: Domingo Rivero, otro gran poeta también poco conocido, como ocurre con casi toda la literatura canaria. Rivero, «poeta del cuerpo», como lo ha calificado Jorge Rodríguez Padrón, cuenta con excelentes ediciones de sus poemas, como la propia de Rodríguez Padrón y la más reciente de Eugenio Padorno, gran conocedor de la poesía del gran canario. Santana Henríquez hace un rastreo minucioso de esta poesía desde la perspectiva de los elementos clásicos grecolatinos, sobre todo míticos, que se descubren en la particular y personalísima poesía del excelente poeta gran canario. Dos capítulos se dedican a comentar el concepto mitológico de Océano tanto en la literatura (capítulo III, p. 29-40), como la historiografía (capítulo décimo, p. 139-162) canarias. Ambos capítulos debemos entenderlos como un excelente anticipo de un estudio mucho más amplio que el autor tiene elaborado sobre el mismo tema y que está pensado para formar parte de una grandiosa *Historia mitológica del Archipiélago Canario* que tengo el honor de coordinar y que espero vea la luz algún día. El libro se cierra con el capítulo decimotercero (p. 201-220) dedicado al comentario de una serie de novelas históricas grecolatinas y a su «boom» actual. Casi todos los capítulos vienen acompañados de la bibliografía pertinente para cada tema, lo que incrementa el valor de la obra por la información que proporciona.

El libro está muy bien escrito y apenas hemos encontrado erratas. No nos queda más que felicitar al autor por esta excelente contribución al conocimiento del mundo clásico y mitológico en la literatura española, tanto nacional como canaria. Defendimos en su momento que la buena literatura canaria estaba necesitada de una lectura desde la óptica del mundo clásico grecolatino y el presente libro viene a paliar en parte esta carencia.

Marcos MARTÍNEZ
Universidad Complutense

SANTANA HENRÍQUEZ, Germán, *Mitología clásica y literatura española. Siete estudios*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2003, 192 págs.

Desde hace varios años el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria viene publicando una serie de monografías que tienen a la Cultura Clásica grecolatina como objeto de estudio, tanto desde la perspectiva antigua como moderna, ésta última reflejada en eso que ampulosamente llamamos Tradición. Un buen ejemplo de este tipo de publicaciones es la presente obra del Profesor gran canario Germán Santana Henríquez. En la nota preliminar que preside esta monografía explica su autor por qué son siete los estudios aquí recogidos, a la vez que trae a colación varios conjuntos famosos del número siete: siete Pléyades, siete Hespérides... y siete islas que componen el Archipiélago Canario desde donde escribe su libro. Al querido discípulo se le olvidó mencionar aquéllas famosas estro-

fas que su paisano Bartolomé Cairasco de Figueroa, por lo demás uno de los autores estudiados en este libro, dedicara al número siete, número «admirable y lleno de admirables perfecciones», algunas de las cuales he recogido recientemente (cf. mi ensayo «El catálogo como rasgo de estilo en el *Templo Militante* de Cairasco de Figueroa», en E. Padorno - G. Santana Henríquez [eds.], *Bartolomé Cairasco de Figueroa y los albores de la literatura canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, 2003, pp. 83-156, especialmente p. 109).

Se abre el libro con un estudio de los elementos míticos grecolatinos en algunas obras literarias del siglo XIII (p. 9-31), entre las que quisiera destacar aquí la *Semejanza del mundo*. Es ésta una especie de tratado geográfico en prosa, de autor anónimo, en el que se hace una descripción del mundo conocido siguiendo, en general, las pautas marcadas por Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*. Hoy se cree que la *Semejanza del mundo* es un trasunto de la *Imago Mundi* de Honorio Augustodunensis, quien la escribiría entre 1098 y 1140. A la larga serie de pueblos y lugares míticos que Santana Henríquez detecta en esta obra se le pasó añadir también lo referente a las Islas Afortunadas que se mencionan más de una vez en esta curiosa obra.

El capítulo segundo (p. 33-51) aborda los elementos míticos grecolatinos en *El libro del Buen Amor*, del Arcipreste de Hita. Esta especie de «arte de amar» ovidiana es rica en resonancias míticas relacionadas con divinidades como las Moiras griegas (Átropo, Cloto y Láquesis), Venus, Júpiter, las Horas, etc., y, sobre todo, Amor, dios latino del sentimiento amoroso, traducción del Eros griego, el objeto del libro del Arcipreste, que tiene aquí unas veintidós apariciones. El capítulo cuarto (p. 75-110) está dedicado a la producción teatral de Torres Navarro, así como a otros autores religiosos del siglo XVI, mientras que el quinto (p. 111-140) corresponde a la cuarta entrega del autor sobre el teatro de Tirso de Molina desde la perspectiva de sus mitos, dioses y monstruos. Para las otras tres anteriores remitimos a su libro *Tradición clásica y literatura española*, también reseñado en estas páginas.

He querido dejar para el final los tres capítulos que el autor dedica a obras y escritores canarios. Es el caso del capítulo tercero (p. 53-74) sobre las octavas reales añadidas por Cairasco de Figueroa a su traducción de la *Jerusalén libertada* de Tasso. La traducción de Cairasco de este universal poema lleva por título *Gofredo Famoso* y permaneció inédita hasta 1967, año en el que la editó el ilustre canariólogo A. Gioranescu. En el canto XIV del poema original, referido a la estancia de Rinaldo en el jardín de Arminda, situado en las Islas Afortunadas, aprovecha la ocasión el poeta grancanario para introducir cuarenta y dos octavas reales de su propia cosecha sobre la historia de las Islas Canarias, especialmente en sus referencias míticas como Islas Afortunadas, Campos Elisios, etc. Digno de destacar son las estrofas 42, 43 y 44 del canto XV dedicadas a describir un *locus amoenus* que luego se convertiría en referente continuo en la literatura canaria posterior: la selva de Doramas. El capítulo sexto (p. 141-164) se centra en el estudio de la mitología clásica en la poesía de Graciliano Afonso, otro de los grandes poetas canarios, casi desconocido en los manuales de literatura española. Afonso, cura liberal que sufrió los rigores del exilio de 1823 a 1838, fue además un gran traductor de los griegos (Homero, Píndaro, Sófocles, etc.) y latinos (Virgilio y Horacio, sobre todo), por lo que no es de extrañar la constante presencia de la mitología grecolatina en su obra, que daría pie para toda una Tesis doctoral. Santana Henríquez nos ofrece aquí una primera aproximación a tan vasto tema. El libro se cierra con el capítulo séptimo (p. 165-192)

que aborda la mitología clásica en el grandioso poemario del modernismo canario *Las Rosas de Hércules*, obra del gran canario Tomás Morales. Es conocida la relación que el mito de Hércules, el Heracles de los griegos, guarda con las Islas Canarias, por aquello de las manzanas de oro y el Jardín de las Hespérides, uno de sus trabajos occidentales a los que fue sometido por Euristeo. Según su autor, hay unas 119 evocaciones míticas en el libro de Morales, seis de ellas concretamente a Hércules. Como bien dice el autor al final de su trabajo, Tomás Morales es un «titán del verso», «por haber integrado lo pagano y grecolatino en lo cosmopolita y el cosmopolitismo en lo canario». La *Mitología* es ahora una asignatura que figura en los planes de estudios de muchísimas licenciaturas de las Universidades españolas. Es además una de las que cuenta con mayor número de matrículas. Atrás quedaron los viejos tiempos (por ejemplo, los míos cuando era estudiante de Filología Clásica en la Universidad Complutense de Madrid, en la década de los sesenta del siglo pasado) en los que la Mitología se consideraba una María a la que prácticamente nadie prestaba atención. Libros como el de Germán Santana son hoy en día muy necesarios para que se pueda apreciar el hondo calado que una materia grecolatina como ella ha tenido y sigue teniendo en nuestra cultura, especialmente la literaria.

Marcos MARTÍNEZ
Universidad Complutense

GARCÍA FLEITAS, Luz María-SANTANA HENRÍQUEZ, Germán, *La imagen de Egipto en los fragmentos de los historiadores griegos. Una primera aproximación*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2002, 124 págs., 13 ilustraciones.

En el año 2000 me cupo el honor de presidir en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria el Tribunal que juzgó la Memoria de Licenciatura de Dña. Luz María García Fleitas, dirigida por su maestro, el Profesor Germán Santana. Ya entonces me percaté de que estaba ante una nueva investigadora, egiptóloga en este caso, de enorme seriedad y rigor científico. Hoy compruebo con satisfacción que maestro y discípula se han decidido a dejar constancia por escrito de los resultados de sus investigaciones con este espléndido libro. Que la investigación en torno a todo lo relacionado sobre ese entrañable país que es Egipto, cuyo interés concitó, ya desde la Antigüedad, a los más afamados sabios, está, hoy más que nunca, de moda, es un hecho fácilmente constatable con sólo acercarse a las múltiples novelas históricas y revistas de divulgación general que colman los kioscos de prensa. Vivimos, en efecto, una auténtica *Egiptomanía*, de la que hace unos años nos hablaba muy bien F. J. Gómez Espelosín, Profesor Titular de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá. De ahí que el libro que comentamos no pueda ser más oportuno en su contribución al delirio por lo egipcio que ahora vivimos.

El objetivo de esta monografía no es otro que «el estudio de una serie de fragmentos cuya temática gira en torno al legendario Egipto», como muy diáfano se encargan de precisar sus autores en el planteamiento de su trabajo (p. 7). Los fragmentos estudiados son los recogidos

en la edición de F. Jacoby, *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, tercera parte, fragmentos 608a-856. Son los fragmentos que Jacoby incluye en el apartado de los *Aigyptiaká*, es decir, *Las cosas (o los libros) sobre Egipto*, que los autores del libro que comentamos traducen por *Egipciaca*, no sé yo si con verdadero acierto. Dado que la edición de Jacoby es la única fuente de donde se extrae toda la información para el presente estudio, pensamos que los autores deberían haberle dedicado algunas líneas más de atención y no dejarla reducida a una mera cita en la nota 1 de la página 7. Los autores griegos que escribieron obras de este tipo son numerosísimos y llenan un periodo de más de mil años, desde el siglo V a. C. (Helánico de Lesbos), hasta el siglo V d. C. (Asclepiades el egipcio, Aristóneto de Bizancio, Sotérico de Oasis, etc.), pasando por innumerables autores de los siglos intermedios: Aristágoras, Arato de Cnido, Filisto de Náucratis, Hecateo de Abdera, Manetón, Calixeno de Rodas, Alejandro Polihistor, Ptolomeo de Mendes, etc. Echo en falta en esta larga enumeración a Juba II, rey de Mauritania, autor griego que también escribió mucho sobre Egipto y que se casó precisamente con Cleopatra Selene, hija de la famosa pareja compuesta por Cleopatra y Marco Antonio. Sus fragmentos también los recoge Jacoby, aunque en otra sección diferente a la que se limitan García Fleitas y Santana Henríquez.

Después del planteamiento (p. 7-8) e introducción (p. 9-12) a la obra, el libro se estructura en cuatro grandes capítulos, dedicados al Nilo (p. 13-14), a monumentos, tumbas y pirámides (p. 43-60), a aspectos de la guerra marítima (p. 61-83) y a cuestiones religiosas relacionadas con Dioniso y con las grandes procesiones de Ptolomeo Filadelfo en Alejandría (p. 85-105). Cierra el libro un capítulo de conclusiones (p. 107-116) y una abundante bibliografía (p. 117-124). El Nilo fue, con mucho, el tema egipcio más fascinante para un griego antiguo. Por eso no extraña la abundancia de noticias de todo tipo que los historiadores nos han dejado de él. Destacan, sobre todo, sus crecidas, sus aluviones, sus afluentes, la localización de su nacimiento, sus inundaciones y, muy especialmente, su figuración mitológica. En esta última faceta descolló Tránsilo de Mendes (s. I d. C.), quien en uno de sus fragmentos (622, 1 de la edición de Jacoby) nos cuenta cómo el río que antes se llamaba Egipto pasó a denominarse Nilo a la muerte del hijo de Garmatona, reina de estos parajes. De los monumentos egipcios los historiadores griegos se fijaron especialmente en las pirámides, como es natural, obeliscos y esfinges. Especial interés tiene también la descripción del denominado *Rameseo*, el templo funerario de Rameses II (1290-1224 a. C.), situado al oeste de Tebas. De esta tumba se ofrece en p. 60 un plano de su construcción que da una idea aproximada de la monumentalidad de la obra faraónica. De los más de cuarenta autores que se citan en este libro, unos diez escribieron sobre tales construcciones, lo que da idea de la constante curiosidad de los griegos por estos temas. El poderío naval egipcio es descrito especialmente por Calixeno de Rodas y Liceas de Náucratis, quienes hacen una descripción de las diversas naves de guerra y las innovaciones de Ptolomeo II Filadelfo y Ptolomeo IV Filopátor, éste último impulsor de la famosa *thalamegós*, una especie de barco fluvial de la que aquí se nos ofrecen igualmente dos reconstrucciones (p. 82 y 83). El último capítulo se centra en el estudio de un largo fragmento del libro IV de la obra *Sobre Alejandría*, cuyo autor es el historiador Calixeno de Rodas, fragmento que nos transmite Ateneo, V, 196b-197c. El fragmento en cuestión es rico en información sobre diversos campos del conocimiento en torno a Egipto, muy en

especial sobre religión, arte, política, economía, fauna, etc. Descuellan sobre las demás las noticias referentes a Dioniso y a las celebraciones en honor de Ptolomeo I divinizado. La bibliografía, como ya apunté, es bastante completa. Únicamente añadiría algunos títulos que ahora podemos leer en castellano, especialmente relacionados con aspectos religiosos del antiguo Egipto: D. B. Redford (ed.), *Hablan los dioses*, Barcelona, 2003; R. H. Wilkinson, *Todos los dioses del antiguo Egipto*, Madrid, 2003; S. Quirke, *La religión del antiguo Egipto*, Madrid, 2003; E. David, *Religión y magia en el antiguo Egipto*, Barcelona, 2000; G. Lefebvre, *Mitos y cuentos egipcios de la época faraónica*, Madrid, 2003.

En conclusión, la obra de García Fleitas y Santana Henríquez la consideramos como «una primera aproximación», como ellos mismos expresan en el subtítulo, muy importante al todavía casi inexplorado terreno de los autores recogidos en la monumental obra de Jacoby. Pensamos que aquí hay aún un arsenal de información sobre la Grecia antigua que no ha sido suficientemente explotado por la Filología Griega. Una muestra de ello es la presente obra ceñida a la información sobre Egipto. Esperemos que en el futuro otros trabajos como el presente vengan a rellenar este hueco.

Marcos MARTÍNEZ
Universidad Complutense

Helena RODRÍGUEZ SOMOLINOS, *Diez años de publicaciones de Filología Griega en España (1991-2000)*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2003, 436 págs.

Según explica la autora en la Nota introductoria esta bibliografía quiere ser para los estudios de Filología griega una continuación de la *Bibliografía de los Estudios Clásicos en España* que publicó la SEEC en 1990. Conforme a su título el contenido es la Filología griega pero, como se advierte, entendida en un sentido amplio que abarca trabajos filológicos y literarios pero también lingüísticos si bien sólo se incluyen estudios de lingüística general o de lenguas no indoeuropeas o de lingüística indoeuropea si el griego constituye su punto de partida. Esta introducción contiene otra serie de advertencias y explicaciones sobre la inclusión o exclusión de determinados contenidos relacionados con la filología griega como también consideraciones útiles a la hora de manejar este repertorio. Va a continuación un Índice de publicaciones periódicas seguido de una recopilación de las Páginas web de las principales editoriales. La Bibliografía propiamente dicha se agrupa en catorce apartados con los siguientes contenidos:

1. Actas de congresos. Homenajes. Volúmenes colectivos.
2. Autores antiguos. Ediciones, traducciones y estudios.
3. Historia de la literatura.
4. Lingüística griega.
5. Micenología.
6. Epigrafía. Papirología. Numismática.
7. Historia de los textos.
8. Historia. Cultura. Sociedad.
9. Religión. Mitología.
10. Cristianismo.
11. Filosofía. Ciencia.
12. Pervivencia. Humanismo. Historia de la filología.
13. Diccionarios. Repertorios. Otros instrumentos.
14. Didáctica.

Sigue un Índice de materias y un Índice de autores, el primero articulado en dos series, la segunda de términos griegos. Ambos remiten a la numeración de las obras consignadas y resultan un buen instrumento de trabajo. Sea por tanto bienvenida esta obra de indudable utilidad para todos los estudiosos del mundo clásico antiguo.

Rosa M.^a AGUILAR
Universidad Complutense

F. ADORNO *et alii*, *Studi e Testi per il Corpus dei Papiri Filosofici Greci e Latini* (STCPF) 11. *Papiri Filosofici. Miscellanea di Studi* IV, ed. Leo S. Olschki, Florencia 2003, 152 pp.

Constituye este cuarto volumen de los estudios misceláneos de los STCPF un nuevo ejemplo del diálogo entre los expertos que ha suscitado la publicación de los papiros del CPF. Consta el libro de ocho artículos, cuatro de comentarios y otros cuatro sobre textos tardo antiguos. Entre los primeros I. Andorlini ha contribuido con «L'esegesi del libro tecnico: papiri di medicina con scoli e commenti», interesante estudio sobre la génesis y desarrollo de anotaciones y comentarios en los textos de medicina de los papiros del Egipto griego, romano y bizantino, primero en los rollos de papiro y luego en los códices de papiro o pergamino. Observa la autora los criterios de organización de las notas eruditas e indaga la relación entre las notas marginales de los códices de papiro y pergamino y la tradición de los *corpora* de *scholia* de formación tardoantigua. Señala cómo en Alejandría se desarrolló la exégesis técnica y el interés lingüístico y filológico que mostraron médicos como Galeno. Reproduce el relieve de Neumagen en el que se observa cómo un médico explica a sus alumnos y éstos recogen sus enseñanzas en rollos de papiros; en otro grabado un médico lee sus rollos de papiro de su propia biblioteca. Reproduce también textos de Galeno que ilustran sobre estas actividades y sobre la lectura comentada de la *praxis* médica. Reproduce, asimismo, diversos papiros, como los *Theriaca* de Nicandro, y comentarios médicos, como los *codici annotati ad Antinoe*, en los que se ve bien los textos primarios con los títulos de las entradas, palabras claves para la comprensión del texto, ciertos signos que dividían los párrafos así como abreviaciones y notas marginales. En todo ello ve la autora el origen del sistema escoliástico medieval, que no es sino el prelude de las modernas ediciones críticas. En segundo lugar M. Balthes propone sugerentes conjeturas al anónimo «In Platonis Parmeniden Commentarium» (Cod. Taur. F VI 1), que argumenta, y que, sin duda alguna, mejoran la comprensión del texto. Este texto había sido editado por E. Linguisti en CPF III 6 (1995) 63-202. Bonazzi («Un dibattito tra accademici e platonici sull'eredità di Platone. La testimonianza del commentario anonimo al Teeteto») polemiza con Tarrant en torno a la paternidad y datación del texto. Mientras éste último propone fechar el comentario a mitad del s. I d. C. y lo atribuye a Eudoro, Bonazzi piensa que data del s. II de nuestra era y argumenta que el autor del comentario está abierto a la filosofía aristotélica. La contribución de H. Tarrant «The criterion 'By the agency of which' Anon. 'In Theaetetus' Fr. D.», tras un riguroso estudio crítico y filosófico en torno a qué hace referencia el criterio ὅφ' οὗ del Tee-

teto platónico respecto a los juicios, concluye que el anónimo comentarador practicó el saludable principio de no querer interpretar a Platón sino con las categorías del s. IV y no con los distinguos de la época del comentarador.

Las otras cuatro contribuciones hacen referencia a textos tardo antiguos que versan sobre cuestiones relativas a los astros y al movimiento celeste. P. Fait en «Cielo, astri e anima. Note alla recente edizione di PGen inv. 203» aborda la cuestión del quinto elemento constitutivo de los cuerpos celestes, que les otorga su movimiento circular, de acuerdo con el papiro que cita en el título, y discrepa en que haya de entenderse ese quinto elemento como el éter como defendían F. Decleva y M. Serena en otra contribución de esta misma colección. Los trabajos de E. Medri y A. Falcon versan también sobre un texto (PSI XIV 1400) que trata sobre el movimiento celeste. Medri introduce el texto, lo edita, lo traduce y lo comenta. Presta atención al pasaje que distingue el movimiento circular propio de los cuerpos celestes del rectilíneo de otros cuerpos y también a las líneas que tratan del movimiento del alma, que girando en torno al intelecto hacen mover al cuerpo. Sobre el mismo texto la contribución de Falcon «A late Ancient Discussion of Celestial Motion. PSI XIV 1400» se centra en el influjo aristotélico, en concreto del *De caelo*, en filósofos neoplatónicos a la hora de comentar los textos de Platón sobre la composición del mundo. Sobre esta misma página de papiro Ch. Wildberg estudia la filosofía neoplatónica de la naturaleza en su contribución «Neoplatonic Philosophy of Nature in PSI XIV 1400: An Impression», donde nos ofrece un sumario de los principales temas tratados y subraya que cada uno de los temas argumentados preparan para la idea fundamental, a saber, que el movimiento de la naturaleza es en primera instancia debido al alma y que si los cielos tienen un movimiento circular es porque el alma del mundo gira en torno al intelecto como su centro. Para la autora, el autor del comentario es un neoplatónico influenciado por Aristóteles pero rechaza la idea de atribuirlo a J. Philopono y piensa que se trata más bien de algún compilador de antologías, probablemente del período medieval temprano del imperio bizantino.

Baste lo dicho como ejemplo del interés que ha suscitado la publicación de los papiros y del diálogo científico que están generando, que abre nuevas perspectivas para la mejor comprensión de nuestros clásicos, por lo que de nuevo hemos de felicitarnos por el esfuerzo de la editorial Leo S. Olschki en ofrecernos esta *Miscellanea di Studi* que tan bien complementa al *Corpus dei Papiri Filosofici*.

Mercedes LÓPEZ SALVÁ
Universidad Complutense

Marcos MARTÍNEZ HERNÁNDEZ: *Ensayos de Filología Clásica*, Universidad de La Laguna, 2001, 419 pp.

Este volumen recoge una docena de trabajos que el prof. Martínez Hernández publicó mayoritariamente entre 1987 y 1999, durante su etapa como catedrático de Filología Griega.

ga en la Universidad de La Laguna. Ésa es la razón de que el autor lo haya querido dedicar a sus alumnos durante esa época, que aún guardan el recuerdo del fecundo magisterio que dejó en ellos.

Como figura en el propio título del volumen, son doce ensayos que tienen como común denominador la Filología Clásica entendida en sentido amplio. Varios de ellos versan más específicamente sobre Filología Griega, y en su conjunto son representativos de las principales líneas de investigación cultivadas por su autor.

A continuación del prólogo, el volumen propiamente se abre con el ensayo «La Filología Griega en tiempos de crisis: hacia un nuevo planteamiento». Tras una introducción sobre el tema de la crisis que de manera casi perenne se cierne sobre nuestros estudios, el prof. Martínez Hernández aborda la discusión sobre las causas que podríamos denominar «externas» de ese declive (mayor atracción de las disciplinas científicas y técnicas, auge de la informática, paso de una cultura del libro a otra en la que la imagen es el dato fundamental, etc.) e insiste en los factores que más claramente incumben a los filólogos clásicos, proponiendo un nuevo planteamiento que haga de la Filología Clásica una especialidad atractiva para los alumnos de hoy. Esta revitalización de los estudios clásicos pasa por volver a definir su objetivo primordial (más en la línea del llamado «Tercer Humanismo» preconizado por W. Jaeger, esencialmente educativo, que como una «ciencia del texto») y por algunas recomendaciones prácticas de economía y racionalización para su presencia en los planes de estudio. Insiste también el autor en la importancia que debe tener una selección de textos griegos atractiva para los alumnos, en la que tengan cabida temas de interés tan actual como la ecología, la mujer, la idea de progreso, el pacifismo o la literatura erótica, a la que se dedica luego un apartado especial. Para ello se hace necesaria una nueva selección de autores, complementaria de la tradicional (la de los clásicos «necesarios»): son los «otros» clásicos como los autores de cartas, los biógrafos, mitógrafos y paradoxógrafos, que completen la nómina de los habituales Homero, Sófocles, Eurípides, Tucídides, Demóstenes, Platón o Aristóteles. También sugiere el autor la necesidad de profundizar en el carácter interdisciplinar de nuestros estudios, así como en la historia de su recepción y en la necesaria renovación de los métodos de enseñanza que se empleen. Su conclusión no es pesimista: convencido del atractivo que la Filología Clásica siempre ejercerá, el prof. Martínez Hernández se muestra seguro de que sabrá remontar la crisis a poco de que los docentes sepamos sintonizar mejor con las demandas de los nuevos tiempos. Concluye así el primer capítulo del volumen, en el que se encuentran esbozadas las líneas generales por las que discurrirán los capítulos siguientes.

Así, en los capítulos 2.^o («La selección temática de los textos griegos») y 6.^o («Cultura clásica y literatura erótica griega: cartas de amor») el lector puede encontrar desarrollos más extensos sobre el tema de la selección de textos en clase. Sentada ya en el capítulo inicial la necesidad de seleccionar temáticamente textos griegos (breves, a ser posible) que resulten de interés para un lector actual, el autor revisa algunas antologías ya publicadas para proponer la suya propia, que tiene «como eje central un *concepto* o *idea* en torno al cual pueden agruparse una cierta cantidad de textos de los más diversos autores» (p. 66). Estos temas son la democracia, el amor, la mujer, la paz, el progreso, la naturaleza, así como los

textos mitológicos y filosóficos. A continuación se aborda la selección por autores: Homero, Heródoto, Luciano y Ateneo. En cada apartado el prof. Martínez Hernández revisa la bibliografía disponible que completa con sugerencias propias.

Complementario del capítulo 2.º es el 6.º, que el autor dedica a la importancia que la literatura erótica y, más concretamente, la expresada en la literatura epistolar pueden tener dentro de la asignatura de Cultura Clásica. Tras una interesante propuesta de lo que debe ser esta materia, se exponen algunos ejemplos de cartas literarias griegas, clasificadas por temas, útiles para ese fin, tomadas de Alcifrón, Filóstrato y Aristéneto.

Sobre la selección literaria que ya se realizó en la Antigüedad grecolatina, en la triple modalidad de canon, antología-florilegio y centón, desde su origen hasta su continuidad en la época moderna, se ocupa el capítulo 9.º.

El 10.º versa sobre una parcela de la literatura griega muy querida por el prof. Martínez Hernández: el teatro griego. Es la introducción que el autor preparó en 1978 sobre los contenidos que el C.O.U. de la reforma de aquellos años debería incluir. A pesar del tiempo transcurrido, sigue siendo una visión de conjunto sobre los géneros teatrales en la antigua Grecia muy útil para la explicación del profesor en clase.

Con los capítulos 4.º, 5.º y 8.º el autor toca temas de tradición clásica relacionados con sus queridas Islas Canarias. Con los dos primeros («Islas Canarias y mitología» y «Las Islas poéticas en la literatura grecolatina antigua y medieval») se entrecruza también otra de sus líneas de investigación más dilectas: la mitología. Entre el mito y la historia, en una frontera no fácil de delimitar, a la que el autor ha dedicado ya varias monografías (*Canarias en la mitología* y *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento*), transcurre buena parte de la protohistoria de las «Islas Afortunadas», con tanto de «historización del mito» como de «mitificación de la historia», convirtiéndose en rasgo esencial de la identidad canaria. Una vez revisados los principales temas míticos que componen el denominado «imaginario clásico canario», es decir, la mitología canaria de procedencia grecolatina, el autor concluye que, por su carácter insular, montañoso, alejado y benigno en clima y naturaleza, la historia de Canarias estuvo, desde siempre, abocada al mito. De islas concretas pasamos luego al «Islario Universal», una obra que el autor tiene en perspectiva desde hace años, de la que aquí se hace un planteamiento general con una clasificación tipológica de las islas y su caracterización en diversas literaturas (griega, latina, celta y románicas).

Con el capítulo 8.º («Cultura grecolatina y literatura canaria: el mundo clásico en Manuel Verdugo»), sin abandonar aún el marco de las Islas Canarias, el prof. Martínez Hernández se ocupa de la presencia del mundo clásico en este gran poeta del parnasianismo canario, gran conocedor de la cultura grecolatina. También este ensayo se ofrece como una introducción general a lo que el autor pretende sea una monografía específica sobre el tema en las diferentes facetas de Manuel Verdugo como conocedor de la literatura clásica, de la historia de Grecia y Roma, de la filosofía antigua, del arte y, sobre todo, del mito clásico.

De la literatura contemporánea pasamos al mundo del periodismo en el capítulo 3.º («Textos de ayer, temas de hoy: la cultura clásica en el periodismo español contemporáneo»). El prof. Martínez Hernández, empedernido lector —como él mismo se declara— de la prensa diaria, nos presenta un muy documentado elenco de citas relacionadas con el

mundo clásico que han aparecido —y siguen apareciendo— en el periodismo actual, clasificadas según los diferentes ámbitos con los que se relacionan (mitología, filosofía, literatura, historia, ciencia, política, fraseología, léxico y humor) en una nueva muestra de la presencia viva de la cultura clásica en nuestra sociedad.

Los capítulos 7.^o («Para una semántica del griego antiguo»), 11.^o («Las interjecciones de dolor en Sófocles») y 12.^o («Generalidades sobre el lenguaje coloquial griego») son los dedicados más específicamente al dominio de la Filología Griega. El primero aborda otra de las líneas de investigación más cultivadas por el autor, la semántica griega, campo en el que ha realizado contribuciones de reconocida importancia, desde que en 1977 publicara su Tesis sobre el léxico del dolor en Sófocles. El prof. Martínez Hernández fue el organizador del Congreso Internacional de Semántica celebrado en la Universidad de La Laguna en 1997. El ensayo ahora publicado reproduce la que fue su ponencia en el mencionado congreso: un estado de la cuestión sobre los estudios de semántica griega y una propuesta de una nueva metodología que combine las aportaciones de la escuela alemana de la «Sprachinhaltsforschung» con las de algunas corrientes estructuralistas contemporáneas, especialmente de la lexemática de Eugenio Coseriu. El trabajo se cierra con la propuesta programática de lo que debería ser un manual de semántica del griego antiguo desde las unidades inferiores a la palabra hasta la semántica del texto y la contrastiva.

De la teoría semántica pasamos a su concreción en su magistral estudio sobre las interjecciones del dolor en Sófocles (capítulo 11.^o), trabajo que el autor elaboró paralelamente a su Tesis doctoral. Modélico en tantos aspectos, le cabe también el mérito de ser casi pionero dentro de nuestros estudios en enfocar la atención sobre una parcela léxica hasta entonces bastante descuidada.

El último capítulo del volumen se reserva a otra interesante parcela del léxico griego: el lenguaje coloquial. Consta de una primera parte, más teórica, en que se discute una definición de lo que propiamente puede llamarse «lenguaje coloquial», frente a otros tipos de lenguajes afines, como el «popular» o el «vulgar», para ofrecernos luego algunos ejemplos extraídos de las inscripciones griegas, la comedia, el drama satírico, los oradores áticos, Platón y la tragedia.

Un broche, pues, perfecto para un volumen espléndido, perfectamente representativo del fecundo quehacer de un filólogo que, por lo demás, no necesita de ninguna presentación o elogio. Un volumen, en fin, coherente pese a la diversidad de los ensayos que comprende, y que consigue ser, como quería Sócrates en el *Fedro* platónico, casi un ser vivo, un organismo literario con unidad de propósito en que conviven armónicamente el todo con las partes, pues no en vano las une y anima una misma «psyché»: el amor por la Filología Clásica en la doble faceta docente e investigadora.

Felipe G. HERNÁNDEZ MUÑOZ
Universidad Complutense de Madrid